Via Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

DICIEMBRE
1920
Año II—Núm. 15



LA ESCLAVITUD RELIGIOSA

PRECIO 0.20 CTS.

Véase el Nº 10, 11, 12, 13 y 14

BIBLIOTECAS VARIAS

Alfaro I. — ¡Malditas sean las mujeres! . . . . 1.—
Alarcón M.—En campo de Gules. . 2.—
— Palabras de loco (teatro) . . 1.80
— El narrador de parábolas (teatro) 1.80
Arena Domingo. — Divorcio y matrimonio 0.50
About E. — Roma contemporánea . 0.80
Ardanaz Gumersindo. — Frente a la iglesia 1.20
Amicis de. — La novela del maestro, 2 tomos . . . . 2.—
— Carrozza di tutti, 2 tomos . . 2.—
— España . . . . 1.—
— Horas de recreo . . . . 1.—
— Corazón (diario de un niño). 1.—
— Joyas literarias, enc. en tela. . 2.—
Andersen C. — Cuentos . . . . . 1.—
Annunzio G. D' — La ciudad muerta (tragedia) . . . . 2.—
Annunzio G. — El inocente . . . 1.—
— Las vírgenes de las rocas . . . 1.—
— El triunfo de la muerte, 2 ts. 2.—
— El placer, 2 tomos . . . . . 2.—
— El fuego, 2 tomos . . . . . 2.—
Alighieri Dante. — La divina comedia, 3 tomos . . . . 3.—
Alberdi Juan B. — El crimen de la guerra . . . . 1.—
— Bases, enc. en tela . . . . . . 2.—
Bosio B. — El imperialismo capitalista y las guerras 1.50
Barcos Julio. — La vieja senda. . 1.—
— La felicidad del pueblo es la suprema ley 1.20
Bark E. — El nihilismo . . . . . . 1.—
Basterretche Juan F. — Corrientes. 0.50
Basterra F. — El crepúsculo de los Gauchos 0.80
— Leyendas de humildad 0.60
Bellamy E. — El año 2000 . . . . . 0.80
Bonafulla L. — La familia libre. . 1.—
— La revolución de Julio . . . . 1.—
Barret Rafael. — Cuentos breves. . 1.50
— El dolor paraguayo 1.50
— Moralidades actuales 1.50
— Mirando viivr . . . . 2.—
— Ideas y críticas 1.50
— Al margen 1.50
— Lo que son los yerbales 0.50
— Diálogos y conversaciones . . . 1.50
Bonetti A. — De la República Argentina y sus detractores . . . . 3.—
Brothier León. — Historia de la Tierra 1.80
Beck-Bernard. — La Estancia de Sta. Rosa 0.50
Blasco E. — Cosas baturras . . . . 1.—
— Cuentos Aragoneses . . . . . . 1.—
Blasco Eusebio. — Su majestad Bebé. 0.50
Bulwer E. — Los últimos días de Pompeya 1.80
Balzac H. — Fisiología del matrimonio . . . . 1.—
Bray y Sempau. — El Capitán Dreyfus, 2 tomos . . . . 2.—
Bosquet E. — La novela de las obreras . . . . 1.—
Barbusse Henri. — El fuego, 2 tomos
— El resplandor en el abismo . . 1.20
— Claridad 3.50
Bujarín Nicolás. — El programa de los bolcheviques . . . . 2.—
Balaija Juan M. — El amor libre. 1.—
Cervantes, Miguel de.—Don Quijote de la Mancha 1.50
— El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. La mejor edición de las aparecidas hasta la fecha; presentada en dos elegantes y lujosos tomos, de artística cubierta e ilustrados por el eximio dibujante Urrabieta Vierge . . . 23.—
La obra completa consta de 95 cuadernos los que también se venden sueltos a 0.30
— Novelas ejemplares, 2 tomos. . 3.60
— La Galatea 1.80
— Los trabajos de Persiles y Segismunda 1.20
Chies Ramón. — Notas de estudio sobre la Santa Biblia, 2 tomos. . 2.—
Curros Enríquez. — Aires d'a miña terra. O divino sainete . . . . . 2.—
Carulla Juan E. — La paz futura.
— Opiniones de los grandes pensadores revolucionarios . . . . . 1.—
Cascales y M. — El apostolado moderno 1.80
Catalina S. — La mujer 1.20
Castro C. de — Cortesanas y cortijeras 1.20
Cosio Pedro. — Las ocho horas . . 0.30
Cornelisen C. — En marcha hacia la sociedad nueva . . . . 1.—
Carlitos M. — Un millón de chistes 1.—
Cook F. A. — Descubrimiento del Polo Norte . . . . 1.—
Daudet A. — Jack, 2 tomos . . . 2.—
— Tartarín de Tarascón . . . . 1.—
— Poquita cosa . . . . 1.—
— Fromont y Risler . . . . . . 1.—
— El Nabab, 2 tomos . . . . . . 2.—
Dostoyewski I. — El jugador y las noches blancas . . . . 1.—
— Los presidios de Siberia . . . 1.—
— Crimen y castigo, 2 tomos . . . 2.—
— Los hermanos Karamazow . . . 2.20
Dreyfus A. — Cinco años de mi vida 1.—
Dickmann E. — Democracia y Socialismo 1.50
Darwin C. — Autobiografía de Darwin . . . . 1.—
Daudet A. — El académico 0.80
De Foe D. — Vida y aventuras de Robinson Cruzoe 1.50
Duayen César. — Stela . . . . . . 1.—
Delfino Víctor. — Las rutas del infinito . . . . 5.—
Dumas A. — Los tres mosqueteros, 2 tomos . . . . 3.—
— Veinte años después, 2 tomos. 3.—
— El Vizconde de Bragelone, 2 ts. 3.—
— El Conde de Monte Cristo, 2 ts. 3.—
De Larra Mariano J. — Fígaro. . 0.60
El Hidalgo de Tor. — A través de Galicia 1.50
Ersergner E. — La anarquía ante la civilización 1.50
El Pensador Mejicano. — El Periquillo Sarniento 1.50
Enseñat J. — La pasión carnal . . 1.—
— Los amores de Catalina de Médicis . . . . 1.—
— Los infiernos de París . . . . 1.—
— Las sorpresas del matrimonio. 1.—
Feddernoli B. — Amores y orgías de los papas . . . . 2.—
Fariña Núñez E. — Las vétebras de pan 0.50
Famades José. — Catecismo de la doctrina humana . . . . 2.—
Feval P. — El hijo del Diablo . . 1.50
— Los compañeros del silencio. . 1.50
— El jorobado 1.50
— El hijo de Lagardere 1.50

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año II. | Buenos Aires, Diciembre de 1920 | Núm. 15

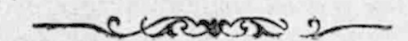
WRANGEL

La catástrofe sobrevino en el campo mercenario de un ejército reclutado entre el lodo del pantano democrático: eslavo-gálico, anglosajón, germánico-latino-nipón; mezcla infusa del capitalismo internacional y patriota a la vez.

Wrangel, nombre y símbolo del áureo metal que se desliza voluptuosamente entre los dedos sucios de fétido semen de una prostituta coronada, ha sido derrotado por las fuerzas vivas del grandioso ejército que mueve su gesta desde las estepas interminables del país de los hielos.

Y el mar, generoso y amplio, recogió los restos virulentos de ese ejército de espectros, y los llevó lejos de la playa redimida para que no apesten a la nueva gente con sus miasmas asfixiantes.

Los *decujus* del occidente, movidos por el empuje formidable de los *vires* de oriente, danzan su macabra danza con cantos de muerte y de exterminio. Y la danza cunde por las necrópolis de los fundos señoriales; y con la danza macabra se cierra el cielo de los fieros y prepotentes dómines que para la vida son muertos que estorban; y la humanidad de mañana podrá exclamar con júbilo « *Ya en nuestro Reino no mandan los muertos* ».



Roberto Ardigó

Para VÍA LIBRE.

Hablar de este filósofo, no es empresa baladí; sin embargo, puede decirse algo sin que por ello importe un examen completo de su vida y de sus obras.

No fué ciertamente Roberto Ardigó, un filósofo popular como puede decirse de Spencer, y esto se explica cuando se piensa que los problemas psicológicos analizados por Ardigó son de una rama absolutamente científica y no susceptibles de fácil divulgación popular, como lo son los problemas sociales tratados por el filósofo inglés.

La mentalidad filosófica, como diría Hamon, representa caracteres puramente psíquicos de brillantez diamantina.

Los filósofos paradojales, como Nietzche, robaron mucha parte del corazón humano. Estos filósofos fantásticos poseen mucho polvo dorado que sirve a las mil maravillas para seducir los ojos de los ilusos mortales. Con estos pensadores abstractos nada se aprende de positivo ni de práctico, y la diosa razón es desviada de su verdadera ruta. ¡Cuánto sería más útil para todos, un poco de filosofía positivista de Ardigó! Es muy fácil aprender de memoria un aforismo de Nietzche, como por ejemplo: «Cuando vas detrás de una mujer no olvides el látigo». «El último hombre de la humanidad será una bellísima bestia rubia». Estos aforismos de carácter obscuro no conducen a ninguna fuente filosófica; son como venas varicosas en el sistema circulatorio de la lógica humana.

Pero, qué distinta es la filosofía de Ardigó. Ella requiere solamente una preparación psicológica eficiente, para comprender sus postulados morales y su pragmática constructiva.

Ardigó esquivó todas las vanas formas de aforismos; comprendió muy bien que como el sistema planetario no está compuesto solamente de aerolitos y planetines, pero tiene su base principal en un sol central y en sus respectivos planetas rotatorios. Como la naturaleza, así debe ser también la filosofía.

Roberto Ardigó no abandonó la túnica sacerdotal á los 40 años, para darse en los brazos de mundanos placeres, ni a rosado tálamo; Roberto Ardigó abandonó la túnica sacerdotal por sagrado convencimiento. La nueva convicción fué para él un culto, y sus 40 años resplandecieron en el cielo del pensamiento humano, como 40 astros rutilantes en el espacio infinito.

Si los artistas y los poetas tienen caracteres representativos de la raza a que pertenecen, este es el caso de decir que Ardigó los tuvo también: dibujando con nitidez el eslabón más íntimo del pensamiento moderno; comprobando que no solamente los del norte

pueden nacer filósofos por ser favorecidos por la poca poesía lírica de sus climas; y desmintiendo en su propia persona la leyenda atribuída a los del mediodía de Europa, a cuya región se le tilda « el nido de los poetas ».

Ardigó no se perdió en pueriles divagaciones de la mente, quiso vivir el *experimentatum crucis* de su doctrina, desplegando lejos del mundo su vuelo de Aguila con una concentración de pensamiento digna de los griegos.

Heredero directo no de las ideas, pero sí del instinto lógico de un Gioberti, un Rosmini, un Vico, supo de éstos seguir la ilustre tradición.

Ningún otro filósofo acercó más la naturaleza exterior a la psiquis humana.

El punto difícil entre el factor fisiológico y el factor psicológico (escollo negro en el mar de la meditación, puente de los suspiros de todos los especuladores científicos) fué superado por él, con destreza de gran maestro, sin esfuerzos, sin acrobatismos dialécticos, ni laberintos sofísticos, procesos morbosos de todos los malos pensadores.

Con un método personal de razonamiento, utilizó, con su sistema, todas las conquistas de la ciencia moderna. Estudió los más delicados puntos de contacto entre el mundo exterior y el mundo subjetivo; midió con paso firme lo desconocido; fué fiel intérprete de los descubrimientos fisio-psíquicos de Sergi y Ribot.

¿Habrá creado una escuela? No nos precipitemos como hicieron muchos críticos sobre otros filósofos. Nos basta sólo saber que nos dijo muchas verdades con perfumada frescura de sinceridad.

No son las escuelas ni los sistemas filosóficos, los que indican el verdadero derrotero de la humanidad, pero sí las verdades buscadas con método y con simplicidad. El transcendentalismo filosófico derrochó en copas de oro un tesoro de estetismo enfermizo, envenenando así la vida toda de los seres pensantes. ¿No será Ardigó el poderoso desinfectante que nos preserve de los microbios terribles de este trascendentalismo filosófico?

En fin, en la trilogía Sergi, Lombroso, Ardigó, este último será la nota más sobresaliente.

Desaparece Lombroso con su escuela embrionaria y ambigua, desaparece Sergi superado por otros psicólogos experimentales, pero quedará siempre Ardigó como faro luminoso que guíe al viajero en la obscura noche de la investigación psíquica de la mentalidad humana, porque los filósofos quedan grabados con caracteres de oro en la colosal estatua de los tiempos.

Ardigó extendió su Arco de Triunfo en el tumulto de los siglos, confundiendo su voz con la voz de los grandes helénicos.

Salvador Fernández.

Buenos Aires, noviembre de 1920.

DESDE ITALIA

ROBERTO ARDIGÓ

La noticia de la tentativa de suicidio de Roberto Ardigó y de las desesperantes condiciones de salud que siguieron al suicidio, condolió a todo aquel que en el filósofo cremonense veneraban al pensador y al hombre. *Giovanni Zibordi* escribía en el *Avanti* que no se sabe si augurarle una larga vida o la muerte inmediata. A un hombre de la categoría de Ardigó no se le debe augurar más que una sola cosa digna: la liberación. *Umanitá Nova* exponía, justamente, el mismo pensamiento al comentar la nueva tentativa de suicidio del maestro de Padua. Hoy nos llega la noticia de su muerte y sentimos que un grande y audaz pensador es arrancado del estudio de la filosofía y de la humanidad; un hombre que por su austera personalidad parecía casi un anacronismo. Ardigó era, en efecto, un Sócrates moderno; y fué con Giovanni Bovio, una poderosa y pura figura de pensador ante la cual las escuelas y las tendencias no podían más que inclinarse religiosamente.

Los *filósofos últimos,* fustigados por F. P. Lucini, los filosofastros universitarios, académicos, vanidosos y oportunistas, parecían aún más mezquinos frente al filósofo que no pedía otra cosa a la vida que el de pensar, escribir y enseñar; que no pedía recompensas, que no aspiraba a obtener cátedras ni honrosas distinciones; que no se amoldó nunca a los cánones de la filosofía oficial. Ardigó vivió para filosofar y fué superior a todos los demás que filosofaron para vivir.

Escribía en 1902, contestando a Roux que le pedía noticias biográficas suyas:

« Nací en enero de 1828 en Casteldidone, provincia de Cremona, en la casa de mi abuelo paterno, ingeniero y propietario; a la muerte de este mi abuelo, mi familia se encontró sin medios de subsistencia y mi padre tuvo que emigrar para ganarse el pan cotidiano y sostenernos a todos.

A pesar de que mi padre fuese un librepensador no fué óbice para que mi madre me inculcara los sentimientos religiosos.

Frecuenté las escuelas públicas y en ellas me distinguí como un alumno ejemplar a pesar de mi orfandad y pobreza, pues uno tras otro murieron mis padres quedando yo al cuidado de mis hermanos menores.

Desde 1849 se cuidó de mí amorosamente monseñor Luis Martini, primer rector del seminario y con él estuve hasta en 1871 cuando dejé el sacerdocio. »

Estos esquemáticos rasgos auto-biográficos encierran toda una historia de sufrimientos morales y de sacrificios materiales, encierran las vicisitudes espirituales de su conversión, de su apostasía; que tuvo que hacer frente a una lucha interior profunda y grave: reconciliar su apostasía con los afectos por la madre, ferviente católica, con la veneración por monseñor Martini su protector, el que lo inició en los estudios científicos y filosóficos.

Encierran todas las amarguras de las excomuniones eclesiásticas, todas las desilusiones de las perdidas amistades, de las sordas y agrias luchas. Representan todas una larga serie de años vividos en una pobreza franciscana, años de continuas renuncias, de cotidianas dificultades. Su fecundidad de pensador halla en la vida parca, aislada en el celibato austero, fuentes de poderosas energías creadoras, y fué así que su producción filosófica y científica no se debilitó en ningún momento.

Sus cuarenta obras recogidas en once poderosos volúmenes lo atestiguan. La pobreza, las dificultades y las amarguras de su vida cotidiana no lo debilitaron, y la vejez lo tomó despierto, fuerte, roble que desafía los tiempos.

A los noventa años publicó un estudio sobre la inteligencia, y hasta hace pocos años continuaba su enseñanza en la vetusta y severa Universidad de Padua. Como Giovanni Bovio ofreció a su vida la leve luz de una alcoba miseranda, *e il pane breve,* en pago de divulgar su pensamiento a través de la prensa y del Ateneo.

Afirmó la superioridad de la moral positivista sobre la convencional y confesional, y en una obra sociológica afirmó el carácter positivo del derecho, rechazando la concepción tradicionalista y conservadora. El pensamiento realístico del Renacimiento encontró en él un continuador; el ateísmo positivista encontró su sistematizador; el socialismo encontró su concepción ética y social, un fecundo campo de desarrollo teórico y de demostración científica. Ardigó fué grande como pensador y como hombre de ciencia.

Hoy recordamos al hombre y sentimos la falta del filósofo, del pensador y del buscador incansable de la verdad científica.

Camilo Bernevi.

Milán, septiembre 23 de 1920.

Pasando el Rubicón

(FRAGMENTO)

(*Padova*, 15 *dicembre* 1911.

Egregio Signor Locascio:

Aggradisco il gentile invio della traduzione spagnuola del tratto della « Morale dei Positivisti », pubblicato dal Molinari nella sua « Universitá Popolare ».

Voi vi siete reso un fedele interprete del mio pensiero filosofico, ed a tal uopo ve ne sono riconoscente.

Vostro devmo.

Prof. ROBERTO ARDIGÓ

Me prostergo ante la naturaleza infinita, me prostergo reverenciándola definitiva y condignamente, por el bueno, aunque no haya recibido un premio material en recompensa del acto virtuoso; y por el malvado, aunque no haya sido castigado materialmente por el delito cometido.

Necio quien cree que no sea justa la naturaleza y no haga seguir infaliblemente los efectos según lo exigen las causas.

Cobardes y ridículos fueron siempre los celos de los llamados a sí mismos justos por las ventajas gozadas en vida por aquellos que tildaron de malvados. Hasta la teología, la más rígida y sin entrañas, se dió cuenta del error cuando tuvo que inventar la misericordia divina en favor de los pobres pecadores; y justificar sus privilegios terrenales, malgrádo sus pecados, con alguna razón de bondad que llevaban oculta en el fondo de sus conciencias.

La misericordia, que los teólogos atribuyen a la creación divina, para el positivista no es más que un sentimiento íntimo del hombre y que se exterioriza con sus propios actos. El positivista no es envidioso del bien gozado por quien no procede correctamente. No siente el escozor de hacer callar esta envidia presentándose ante el consenso humano como el intachable apóstol de la virtud religiosa. El positivista siente íntima satisfacción cuando procede bien sin que aliente esperanzas de una recompensa material más allá de la vida, ni tiene la vanidad de que su acto pueda servir de ejemplo para sus con-

temporáneos. Su satisfácción es absolutamente personal y responde al principio generoso del propio instinto de conservación.

En orden a las ideas, sobre las cuales giramos nuestra argumentación, muchas personas se sienten, hoy mismo, con una cultura, con una moralidad, con una idiosincrasia, elevadas, comparadas con la cultura, la moralidad y la idiosincrasia de la generalidad de las otras personas, y atribuyen su estado de superioridad a la fe divina, a la inmortalidad del alma. Y agregan con énfasis triunfal, que si perdieran esa fe en el más allá no podrían resistir una vida que les resultaría una carga inútil e insoportable. No puede dudarse que su afirmación no sea sincera, pero ello solamente demuestra su exaltación espiritual, que no es más que pura ilusión; pues que en la experiencia queda demostrado que la misma cultura, moralidad e idiosincrasia se hallan en las personas que renunciaron a aquella fe, sin haberse debilitado su estado de ánimo, encontrándose aún más seguros de sí mismos ante la nueva revelación humana, que es la única verdad: la conciencia del hombre.

Haré yo también mi pobre confesión, quizás pueda contribuir a aclarar mi discurso. Haré mi confesión, y la pondré junto a las confesiones análogas hechas por los hombres eminentes recordados por la historia antigua y contemporánea; justificando mi caso por la necesidad que se tiene de escudriñar en la propia conciencia cuando se desea ser preciso con la verdad de lo que sucede en lo íntimo de la conciencia humana.

Por las enseñanzas y por los ejemplos de mi madre, que fué una simple y pobre campesina, nació en mi alma y se alimentó junto con la vida, la fe y la práctica de la religión. No puedo, aún hoy, recordar la sublime ingenuidad del sentimiento religioso de mi madre, sin sentir en mí el más fuerte entusiasmo y la más tierna conmoción. La fiel imagen de aquel sentimiento, que sobrevive hoy en una de mis hermanas, la que no pudo tener una cierta cultura ni de la escuela ni de la elevada sociedad, yo la respeto escrupulosamente como respetar se debe toda cosa sagrada. Esa mi religiosidad infantil se agigantó después viviendo junto con Monseñor Martini, el conocido autor del *Confortatorio,* durante más de veinte años. Dicho prelado me había tomado consigo después de la muerte de mis padres; me alimentó material, espiritual e intelectualmente. Me dió coraje en la dura prueba del clásico estudio, me amó mucho aquel hombre superior, aquel hombre excepcional y heroicamente bueno. Me amó porque, creyente sincero de la ciencia y de la fe, veía en mí un apasionado para el estudio y creyó en que podría ser útil a la iglesia y un paladín del verdadero espíritu religioso, corrigiendo los errores de los ignorantes sacedotes, supersticiosos, hipócritas y simuladores. Yo siempre creí poder satisfacer su noble deseo y por ello abracé la carrera eclesiástica y fuí después canónigo de la catedral de Milán. Me dediqué con toda el alma a la teología dogmática y apologética, estudiando a los mejores padres de la iglesia y en especial modo a

Santo Tomás. Escribí en favor de la confesión y en contra de los evangelistas. Pero la duda trabajaba mi cerebro, hasta que un buen día se me apareció la verdad en forma deslumbrante, e inexorablemente arrojé el último resto de fe religiosa que dentro de mí se manifestaba, surgiendo en forma visible mi sistema nuevo de análisis y de raciocinio, que yo bauticé después con el nombre de « sistema positivista ». Me pareció desde entonces absurda mi creencia abandonada sin maligna premeditación, y que fué el resultado lógico de la dirección científica que dí a mis estudios; dirección científica dependiente del mismo deseo de conocer las razones que militaban en contra de la religión a fin de llegar a creer con recta conciencia y con seguridad mental intangible. Circunstancia singularísima fué la de haberse convertido la lucha entre la religión y su negación en una lucha entre dos principios filosóficos opuestos; entre dos principios relativos a la cuestión del origen de las ideas. Lucha a la que yo me he sentido atraído con la ayuda de las ciencias naturales y de la más refinada meditación sobre el platonismo tradicional que he profesado y que me condujo a ese positivismo al que consagré mis mejores libros y que fueron sometidos al índice de Roma. Lucha que fué decidida por mí en el momento de mi última meditación y mientras contemplaba el rojo de una rosa, sentado sobre una piedra, detrás de un césped del pequeño jardín de la casa canonical. Mi positivismo no es una negación, es sólo afirmación; pero afirmación que queda irrevocable porque procede de una conciencia mental sazonada con el estudio de la doctrina contraria.

Fué un paso capital de mi vida, porque era necesario pasar despiadadamente sobre la memoria de mi santa madre, y sobre la autoridad, para mí solemnísima, y sobre el reconocimiento y sobre el dolor de Monseñor Martini, hasta superar la repugnancia que sentía al pensar que mi apostasía se habría prestado como arma a sus negros, implacables y poderosos calumniadores. Y ese paso lo realicé; y Monseñor Martini fué tan grande que se conmovió hondamente, y sin indignarse, lloró el llanto de los buenos. Desde entonces me estimó mayormente, porque me creyó un desgraciado y quiso de mí la seguridad de mi nuevo credo. Me he encontrado, pues, así en la plena persuasión de la falsedad de toda fe religiosa, y en la posibilidad de hacer una comparación atendible entre la conciencia del hombre religioso y la conciencia exenta de toda creencia en una vida por venir y sobrenatural. ¿Y qué he conseguido ante esa comprobación? He conseguido la prueba de hecho de la más positiva de la verdad tratada en esta argumentación. Las idealidades morales tienen sobre mí el mismo imperio de antes; un imperio acrecentado al reforzarse la voluntad de querer que sigue naturalmente a la edad madura.

La religión, para mí, no es un remordimiento que me conturba mentalmente, pero sí una remembranza llena de poesía, como un bello sueño desvanecido.

Por efecto del positivismo filosófico he debido abandonar mi carrera eclesiástica, que me aseguraba la vida en este valle y la fe en el cielo sin obtener en cambio ningún beneficio material. Pero no tengo por qué arrepentirme. Al contrario, con haber perdido la esperanza de ultratumba me encuentro con una tranquilidad confortable, pues he aprendido que el secreto de la felicidad consiste en despreciar las ventajas que no se pueden obtener más que al precio de la honestidad y de la dignidad, y en conformarse de aquellas satisfacciones de la conciencia que producen el trabajo útil y la meditación científica.

También sin la esperanza de la felicidad en la vida por venir el pobre no se desespera, porque el hombre tiene una posibilidad de adaptación a las condiciones físicas y morales a las que se somete por la fuerza de las cosas, o por la de su razón prodigiosa: El cretino a su cretinismo; el esclavo a su esclavitud; el dependiente a su dependencia; el ignorante a su ignorancia; el bruto a su brutalidad, y así continuamente.

¿Se teme que se invierta el orden social ante la irreligiosidad del mundo? Se dice: ¿Quién podrá contener la furia salvaje de las bajas pasiones invadiendo el orden constituído? La misma naturaleza será la encargada de equilibrar las fuerzas en lucha con la injusticia social, haciendo transformar las condiciones del hombre en forma racional y equitativa, haciendo imposible la injusticia de la desigualdad, e implantando el principio de la solidaridad humana y universal.

Roberto Ardigó.

LA LIBERTAD ES LA VIDA

La vida es movimiento; y vivimos en razón directa de nuestro movimiento interno y externo; el que se para se muere, al que le paran le matan; así el derecho a la vida implica el derecho a la libertad, pues sólo de la libertad y de la potencia y dirección de nuestro movimiento en frente de la Naturaleza depende nuestra vida, ya que sólo vivimos en virtud de la lucha que con ella sostenemos; lucha sin tregua ni descanso, pues si nos cansamos, si dejamos de luchar un solo instante, sucumbimos y somos anulados al momento. El Hombre, la parte más perfecta de la Naturaleza, sostiene un duelo con ella, duelo a muerte, pues que sólo vive de dominarla. Por esto al que le quitan la libertad, al que le quitan las condiciones de la lucha, al que le encierran o le privan las comunicaciones, le quitan la vida, le matan. Por esto es racional el que se muera por la libertad, pues que vivir sin ella es vegetar muerto. El esclavo, el siervo, el súbdito o el proletario que trata de conquistar su emancipación, es el muerto que se levanta para conquistar la vida. — **P. Gener.**

Disertación sobre la educación de la infancia

La educación del niño no solamente abarca el conjunto de conocimientos elementales que lo constituye la raigambre de materias pedagógicas que se enseña mental y normalmente en los colegios de cualquier naturaleza y de todas las instituciones, sino que debe partir de la periferia al centro, es decir, desde la sociedad al hogar, lo contrario de la práctica actual que se pretende que el infante al entrar a la escuela ya entre previsto de toda sociabilidad y con todas las tonalidades del bien andar y del buen hacer.

La educación del niño consiste en la educación total del género humano, en la emancipación completa del hombre, en la libertad absoluta de la mujer.

Todas las agrupaciones humanas han tendido siempre a este fin, sólo que no han sabido enfocar la cuestión por su cauce natural, se han perdido en las nebulosidades de una metafísica pedagógica fatigosa y obscura, y no la han encarado bajo el principio experimental y racional. Pura metafísica, olvidando al hombre de carne y hueso, de sangre y pus, de necesidades insatisfechas y de deseos no logrados. Sólo una ínfima minoría, quizás inepta por no ser de los privilegiados del saber, ha tendido al mejoramiento económico, intelectual y moral de las multitudes desheredadas, y ha pensado quizás, en una forma intuitiva, en que sin la redención de esas multitudes desheredadas, la educación nunca será completa y la humanidad marchará, a su propio pesar, hacia el eterno y fatal obscurantismo. Sin embargo, generalmente, sea por simulación o por hipocresía rayana en maldad, en todos los tiempos los hombres públicos, burlándose de la realidad desesperante, han considerado que para la educación de las masas es menester cambiar el orden económico de la sociedad, y darles, a esas masas miserandas, todas las comodidades, todos los placeres y todos los alimentos necesarios, para así formar una humanidad sana de mente y de cuerpo, y poder desarrollar conscientemente los dos principios humanos que constituyen el fundamento social de los agregados morales que componen en conjunto el consenso solidario de los seres racionales, reyes de la creación y los más evolucionados del reino animal: el principio de solidaridad y el de perpetuación. Mas, la realidad nos ha hecho ver cómo todos los postulados de justicia igualitaria se estrellaban contra la infame pretensión de que sólo una determinada clase social debe gozar ilimitadamente de todos los beneficios de la inteligencia humana, pues la masa desheredada debe sufrir el castigo divino de su propia inferioridad y no tener derecho más que al alimento necesario para poder resistir a los trabajos penosos a que ha sido sometido continuamente para la mayor bonanza de la clase elegida y superior.

La sociedad antigua, basada sobre el desprecio al trabajo, sobre la conquista, no estaba, por cierto, en condiciones para guardar a la clase oprimida todas aquellas consideraciones necesarias que hoy una parte de nuestros contemporáneos le dispensa, y que ella misma impone se le guarde. En la antigüedad sólo era apreciado el que poseía dinero y fuerza muscular, el pobre, el débil, no tenían ningún derecho de vida y se les negaba toda capacidad para su elevación y perfeccionamiento, considerándolos como un intermedio entre el irracional y el hombre, con un alma imperfecta que no se elevaría jamás por sobre la superficie de la tierra.

Y remontándonos a la India, vemos al *sudra* que la leyenda hace surgir de los pies misteriosos del dios Brahama, oprimido y vejado por la casta aristocrática cada vez que vislumbraba en lo íntimo de ese infeliz ser una mayor dosis de conocimiento de lo que comúnmente poseía. En Egipto observamos a los míseros trabajadores de las pirámides, quitarse el hambre con hierbas infectas y mal olientes, obligado a buscar él mismo la materia prima para su propio trabajo so pena de muerte. En Esparta a esos desgraciados ilotas a quienes les era únicamente permitido combatir en defensa de la patria en caso de suprema necesidad. Recordamos los tiempos de Grecia y Roma y nos parece imposible, increíble, que tanta fuerza de civilización y tanta luz de saber, como se poseía en aquel elevado mundo intelectual, no se hubiese impartido también en medio del pueblo inculto, ya que aquellas lumbreras de la ciencia estaban en continuo contacto. Y recordamos, a través de nuestros estudios históricos (que recomiendo a los trabajadores todos porque la historia es la gran maestra de la vida), como pasan al lado de un Platón y de un Fidias, maestros sublimes del saber, los ilotas sin nombre; al lado de un Pindaro, el gran poeta lírico, los esclavos brutos e ignorantes; al lado del opulento ocioso patricio, el plebeyo cargado de heridas gloriosas recibidas sobre los campos de batalla y vendido después a fin de pagar las deudas por él contraídas para substentar a su propia familia mientras se encontraba al servicio de la patria. ¿Cómo podía esa sociedad, fundada exclusivamente sobre el desprecio al trabajo, esa sociedad que recibía honores y trofeos por el despliegue de la fuerza física y por el arte de destruir hombres y cosas, cómo podía, digo, pensar por un instante en la redención del pueblo, en su mejoramiento económico, para formar una nueva generación de hombres probos que removiera las bases de la sociedad constituída y que se mezclara con los iluminados divinos y reformara todo el conjunto de las civilizaciones pasadas, haciendo resurgir la civilización nueva que impidiera por ley natural la descomposición orgánica del viejo conglomerado exhausto por el empuje de los siglos y por decrepitud natural?

¡Ah! Cuánta razón tenía Sócrates al satirizar tan groseramente a los hombres y a las mujeres de Atenas... Veía el maestro

la degeneración griega por el aislamiento de su reducida raza de invertidos sexuales. Se reía descaradamente de la inicua pretensión de los atenienses sobre la superioridad de unos hombres que no era la superioridad de un pueblo. Los ofendidos, jueces y partes, se vengaron haciéndole beber la cicuta, pero la historia, que no traiciona nunca, ha mantenido vivo el espíritu travieso de Sócrates y lo ha perpetuado a través de los tiempos.

Aristóteles intuye la iniquidad de la época y eleva su grito por los siglos de los siglos. Es el grito recogido por los enciclopedistas y transmitido al pueblo ignaro por el coloso del siglo XIX Miguel Bakounine. El grito de igualdad, el grito de equidad y de justicia: Todo ser humano tiene derecho a la vida. La justicia no se distribuye, la justicia está en todos.

Pero mientras Aristóteles lanzaba en medio de sus contemporáneos su anatema científico y reposado, en Cuma florecían, como un sarcasmo, las escuelas de gladiadores y de atletas en donde los jóvenes más simpáticos aprendían a batirse y también a morir con elegancia para no afuscar con las contorsiones de la muerte el placer estético de las virtuosas damas latinas; en Sicilia escuelas especiales para que los esclavos jóvenes aprendiesen sus deberes de lacayos; en Roma vemos aducarse a la gracia, a la danza y a las morbosidades de una humillante literatura, hijos de esclavos para servir a sus nobles amos en el triclinio y en las termas.

El pueblo empezó a razonar recién cuando Pitágoras por el primero propugnó la instrucción como medio necesario para conocer, y enseñó a todos, recibiendo en su seno a hombres y mujeres. Pitágoras obtuvo como recompensa el de ser asesinado detrás de un altar por los enemigos de la verdad, pero la ciencia y la razón sobrevivieron a Pitágoras y la evolución de los pueblos fué avanzando angustiosamente.

Filósofos y pedagogos se han preocupado siempre del arduo problema de la educación y aún no han podido hallar una fórmula adecuada para hacer posible la instrucción amplia y general y despejar así de la mente humana todos los prejuicios seculares y todo espíritu negativo de progreso.

Hay que dar al pueblo, dicen todos casi maquinalmente, el derecho de participar libremente al banquete que nos brinda la ciencia para que la sociedad pueda marchar segura hacia la perfección y el progreso. Continúan deciendo, o mejor, decíamos con anterioridad al período crítico de la Revolución que se va realizando en el mundo. *Es necesario una escuela que resista a la obra nefasta y deletérea del ambiente constituído, que destruya del cerebro del individuo las múltiples supersticiones que le oprimen y que forma el carácter firme en todos los seres humanos.*

Pero hoy vemos que solamente devolviendo al pueblo todos sus bienes puede este pueblo pensar en la fundación de esta es-

cuela integral y racional. Mientras que el hombre es explotado vilmente, mientras la familia está bajo la férula de la esclavitud de un hogar sujeta al Pater, mientras vemos a los padres obligados a mandar a sus hijos a la busca de un mendrugo, v. gr.: los canillitas porteños, los *gavroches* parisinos, *i scugnizze* napolitanos, y todos los pequeños esclavos de las fábricas y de los talleres, la escuela es un simple punto imperceptible, y la calle fría, desolada y tentadora es la maestra de la infancia.

El esfuerzo de muchos hombres generosos como Francisco Ferrer en Barcelona, Juan Creaghe en Luján, los amigos de la liga de enseñanza racionalista de Buenos Aires, las universidades populares de Francia, de Bélgica y de Italia, se han estrellado contra el fatalismo ambiente y la miseria erigida en sistema.

Los libros, las revistas y la oración literaria, en este caos de sociedad en que vivimos, han producido algo más que la misma escuela, en el cerebro imperfecto de las multitudes.

Las escuelas consideradas en sí mismo han ejercido hasta la fecha una influencia relativa en la educación de la infancia, y los pocos beneficiados han sido víctimas de sus dogmas. La escuela bajo la influencia religiosa no ha hecho más que crear seres inferiores a su misma época, por cuanto los ha substraído de las influencias saludables de la civilización y los ha mantenido aferrados a la vieja creencia del tenebroso pasado. La escuela bajo el dominio del poder civil ha confirmado las mismas prácticas y las mismas aberraciones, aliándose con el poder religioso a fin de mantener el dominio sobre los pueblos. La escuela libre, o la que llamamos libre de hoy, incurre, en los mismos errores cuando inculca en la inconsciencia del niño el odio sistemático o las negaciones dogmáticas.

La escuela será posterior a la transformación del régimen, y la escuela nueva está planeada por la Revolución Rusa, donde al niño, substraído a toda influencia de dogmas y creencias, de credos e ideales, se le enseña la educación del instinto y no la de los moldes jurídicos o sociales. Y esa educación del instinto debe ser amplia y general, no es posible circunscribirla a determinados niños ni enseñarla a determinadas horas; la educación del instinto debe ser continua y no debe sufrir alternativas perjudiciales; por eso los pedagogos de la nueva Rusia toman al niño de la cuna y lo van encaminando con ternura y con cuidados hacia donde el propio niño se encamina. No quiere ni debe querer que los padres cuiden de su educación, los padres pertenecen al pasado, el falso cariño los hace arbitrarios y dañinos, y por ello el nuevo estado alimenta a los niños, los viste los sostiene a su costa, tengan o no sus padres. No puede tener la culpa la prole de la miseria de sus genitores. Como el hombre necesita de lo necesario para mantenerse de pie, así también el niño necesita instrucción y educación para ser útil a sí mismo y a los demás.

La educación de la infancia encarna el problema del futuro

y el futuro hay que prepararlo poniendo a prueba la virilidad de los pueblos, el futuro contrariamente al sofisma de nuestros antepasados,que lo pretendían de la nueva generación sin esfuerzo alguno por su parte, debemos hacerlo nosotros mismos, poniendo a todos en posesión de todo para que los niños de todos tengan a su disposición todo lo necesario para su integral educación, para que hasta la edad que puedan substentarse por sí solos tengan todos los cuidados, toda la ayuda, toda la instrucción que su educación exige, sin humillación, sin esfuerzo ni imposición; como también ese cuidado, esa ayuda y esa instrucción se imparta como obligación absoluta, sin que el educando deba agradecer, como la falsa moral de nuestros días exige estúpidamente de nuestros niños, los cuales deben maquinalmente y fingidamente repetir el estribillo acompasado de la gratitud a sus padres y maestros. Cumplimiento que la pragmática usual ha erigido a la categoría de sagrado deber.

Sólo así la educación de la infancia podrá ser un hecho real y positivo, y cuando este hecho sea una realidad, entonces, queridos amigos, discurriremos largo y de corrido, sobre los sistemas viejos y nuevos de la ciencia pedagógica.

Hasta entonces pues.

Santiago Locascio.

EL ESCLAVO DE AYER Y EL PROLETARIO DE HOY

El proletario moderno está mucho más sujeto que el antiguo esclavo bajo el yugo de los ricos.

El señor feudal era responsable de la vida del siervo; lo cuidaba, tomábase interés por aquel pobre sér cual pudiera con sus animales domésticos; vigilaba su salud, lo curaba solícitamente; y el esclavo, seguro del mañana, libre de toda angustia, daba en su trabajo un esfuerzo moderado.

Actualmente todo ha cambiado: el proletario siente en torno suyo, encarnizada sobre él, una potencia de extorsión despiadada, muy sútil, tanto más perniciosa porque está más admirablemente disimulada.

La explotación obra sobre el obrero de modos tan diversos, lo estruja con tanta delicadeza, hay tantos intermediarios, una distancia tan enorme entre el trabajador y el ocioso que vive de su trabajo, las posiciones están tan bien escogidas, que el estrujamiento se opera sin rebeldía porque no hay contrato.

Y el productor, continuamente despojado por manos invisibles, cuya existencia apenas sospecha, trabaja más, se ingenia, encórvase sobre el trabajo, pone en tensión sus nervios, sus músculos, despliega toda su inteligencia, vibra en un paroxismo de sagacidad y de energía...

Y la clase ociosa, que de él vive, se queda maravillada, se aplaude a sí misma por haber emancipado este admirable instrumento creador de las riquezas, y comprende que el nuevo esclavo le da el centuplo de lo que se hubiera podido esperar de él si hubiese permanecido esclavo como antes. — **Juan Revel.**

DESDE ESPAÑA

DUDA

Fumemos...

No nos importe el frío del exterior ni que en la calle paseen sus entumecidos miembros seres sin hogar.

« Siempre habrá pobres y ricos », dijo un mártir.

Frente la estufa ahita de leña que chisporrotea caldeando la confortable habitación, invitando a la siesta; un puro en la boca, contemplar los espirales de azulado humo, ensortijadas y caprichosas, que van a estrellarse en el techo, es siempre un placer agradable.

Además el humo nos cuenta muchas y sabrosas cosas.

Fumemos...

La vida es pasajera y el mundo... el mundo ya sabemos que es un valle de lágrimas. Hay que atrapar el goce, fugitivo siempre, y retenerlo los breves instantes que nos sean dables.

De los que tiritan, ¿quién se acuerda?

Que la fatalidad económica les aferra, hace presa en ellos y los sepulta en el doloroso olvido... Bien, ¿y qué? ¿Acaso no dijo ya Schopenhaüer que « sólo el dolor es positivo »

Fumemos...

Dejadme saborear el aroma del veguero...

Todos llevamos nuestra pesada cruz sobre los hombros: pobres y ricos.

No hay tiempo para pensar en las miserias de los míseros. La lucha por la vida lo absorbe tiránicamente por completo y el progreso ya sabemos que es un amontonamiento de cadáveres. ¡Qué le vamos a hacer!

Vivimos de la vida que no vivieron los extintos.

Sin este eterno sacrificio la civilización sería una palabra desconocida.

¡La civilización! Es el orgullo de nuestra época.

¡Cuántas cosas bellas hemos creado! Desde el veguero que distrae mis ocios hasta este *boudoir* que me preserva del frío, frutos del humano trabajo que las generaciones acarrean sobre una época, todo entona alabanzas en loor de ella.

Quien no se resigna a los sacrificios que nos cuesta no alcanza a comprender sus exigencias, no sabe que el mal es también una necesidad de la vida.

Fumemos...

Causemos un poco de dolor a este tabaco que se quema. Hasta el vegetal sufre y contribuye con su sufrimiento a hacer feliz a la

humana especie. ¿Por qué ésta no debía también resignarse un poco con su necesario sufrimiento? Es condición de vida... fatalidad histórica...

Loco, pero loco de remate, quien se empeñe en torcer el curso natural de las cosas y de los hechos. Sentimentalismos de la ignorancia y nada más. Rebeldías inocuas.

Hay que vivir... y sufrir.

Fumemos...

... ...

Pero... ¿viven todos los que sufren y sufren todos los que viven?

Jorge Sand ha dicho que «la voz de la tierra es un eterno sollozo que se pierde en el eterno silencio de los cielos». ¿Habrá un dolor positivo, como dijo Schopenhüer, o el eterno sollozo de Jorge Sand será, al contrario, el símbolo de una aspiración al goce, nunca satisfecho, de las multitudes? ¿No nos habremos equivocado tomando lo ficticio por natural?

El sufrimiento, el goce, ¿serán patrimonio natural de todos o de algunos solamente? ¿Y si Cristo se hubiese equivocado? De equivocarse habríamos hecho un pan como unas hostias. La igualdad no... ¡qué extraña duda!

¡Bah! Fumemos...

Lo cierto es que al exterior debe hacer un frío de mil diablos. Lo noto a pesar de la estufa.

¿Tendrá todo el mundo estufa cuando hace frío? ¿Consistirá la igualdad en esto, en tener todos estufa?

Tabaco que quema, dolor positivo, pobres eternos... ¿Y si todo esto no fuera justo?

La verdad es que también hay gentes que mueren de hambre... Que hay quien dice que nuestra civilización es una patraña fundada sobre una equivocación que no beneficia a todo el mundo. Que esto podría cambiarse, aminorar el sufrimiento de unos disminuyendo el goce de otros...

Hay quien dice que este decir es utopía de vagos... ¿y si éstos no tuvieran estufa... con este frío que hace?...

¡Quién sabe!

¡Qué extraña amalgama de ideas y afirmaciones contradictorias! Parece como si en mi cerebro circulara en vertiginosa rapidez todo el humo de mi veguero, atontándome.

Tabaco que quema, dolor positivo, pobres eternos... ¿Humo de teorías, acaso?

«Eterno sollozo que se pierde en el eterno silencio de los cielos»... ¿Es el lamento de la resignación, o el grito del desespero?

¡Qué pesadilla!

... ...

Voy a consultar a mi criado. Juan tiene sus puntas y ribetes de filósofo; a veces...

—¿Llamaba el señor?

—Sí; entra y siéntate. Quiero hacerte unas preguntas.

—Las que el señor quiera.

¿Tú sabes lo que es el dolor positivo? ¿Tienen estufa todos los pobres? ¿Crees que la sociedad está bien organizada? ¿Qué es el progreso para tí? ¿La resignación es una virtud?

—Yo... señor...

—Responde. Te autorizo a hablar con toda franqueza. No temas.

—Pues... yo creo que *esto* va mal, muy mal. No todos los que trabajan comen. En cambio, los que no trabajan, como el señor, comen siempre. No hay igualdad ni justicia. Yo no sé qué es lo que usted pregunta, pero me parece que si los pobres no se resignaran con su suerte, el dolor y el sufrimiento no sería el único patrimonio de su trabajo. Se les explota demasiado y esto no debiera ser... Los ricos no tienen entrañas...

—¿Y qué harías tú en su lugar? ¿Cómo remediarías estos males inevitables?

—Perdone el señor, pero pueden evitarse... cambiándolo todo.

—¿Y cómo?

—Haciendo imposible la explotación, suprimiendo el privilegio que tienen los ricos de acaparar las riquezas, aboliendo la propiedad privada; puesto que mientras haya unos que lo posean todo, nosotros, los pobres, no tendremos nada. Todo debiera ser de todos. Todos debieran trabajar.

—Pero esto es el comunismo... ¿Y tú crees que los funcionarios públicos, los capitalistas, los comerciantes, los abogados, los curas, no trabajan?

—Sí, señor; que no trabajan... Estos hacen trabajar a los demás para poder vivir ellos holgadamente. Estos son los parásitos del trabajo.

—Y en su lugar, ¿a quiénes pondremos para dirigir la sociedad?

—Pues a nadie...

—Pero esto sería el caos... Bien; retírate.

—¿El señor cree que no he contestado bien?

—Creo que te has vuelto muy atrevido.

—El señor me ordenó la franqueza... y yo...

—Estas son ideas subversivas que no debieras tener... ¿y sabes lo que me parece? Que eres uno de estos locos anarquistas dignos de la horca...

—Y a mí me parece que el señor se ha vuelto imbécil...

J. Prat.

Madrid, noviembre 1.° de 1920.

MISA LIBERAL

Para VÍA LIBRE.

Cada día que pasa va, irremediablemente, haciéndose un hecho positivo el ocaso o la desaparición de los hombres liberales, de los partidos políticos, o de las escuelas que cobijan a esos hombres.

Liberal quiere decir: hombre socialmente avanzado, es decir, que un liberal es un ciudadano decidor, conocedor de todos los derechos que al hombre pertenecen dentro del terreno político y jurídico de una sociedad. Un liberal bien pudiera ser un hombre íntegro, desordenador de tiranías, enemigo negado de las viejas normas de la vida que entorpecen y embrutecen a las gentes en vez de encarrilarlas por el verdadero sentido, por la verdadera senda. Empero, no sucede así.

Un liberal, se dice que es un exponente de sus propias convicciones, que han de ser humanas; esto podrían ser, pero desgraciadamente no son así; no pueden serlo de ninguna manera posible, porque solamente han nacido para ser lo que en realidad son: unos charlatanes consuetudinarios, que se disfrazan ridículamente con el titulillo de liberales; de un liberalismo ramplón y prosáico que ha perdido todo su sentido práctico y todo el vigor que en otros tiempos pudo tener.

Es una verdad patente que hay muchas personas que no tienen más norte ni más vanguardia que su propia rutina hereditaria y un dogmático credo político se creen, y lo peor es que las gentes los creen que son hombres libres y no son nada más que una colección zoológica de políticos trepadores...

Generalmente, se dice que tal o cual individuo es liberal porque fué contrario de tal política (que no le convenía), de tal religión, de tal cosa; pero estas cosas son tan pequeñas que es preciso ser medio miope para ver grandes cosas en la acción de un hombre insignificante.

Un liberal suele ser, por regla general, un hábil simulador y embaucador de multitudes ignaras, que, cándidamente, creen en sus palabras y en sus promesas de una vida mejor; de una vida regalada y cómoda que no puede caber dentro de un Estado estrecho, que representa el egoísmo del capital en todas sus manifestaciones.

Hay liberales que han hecho su carrera hablando de libertad, como lo mismo pudieran, sin ningún inconveniente, hablar de tiranías. Lo mismo da que sea un Lerroux vendido, que un Maura reaccionario y jesuita; que un Juan Manuel de Rosas, que un doctor Francia.

El hombre que es liberal propiamente dicho, nunca es más li-

beral que cuando hace la libertad. « El hombre no nace libre, pero se hace libre », dice Hamon. Este es el punto importante para el liberal.

Muchas veces un liberal no es un autoritario porque todavía no ha escalado el poder, o porque le falta valor.

Los liberales modernos aman una libertad estrecha y mezquina, que no puede ser libertad. Se muestran partidarios denodados de las justas reivindicaciones populares, pero cuando se cercioran de que el pueblo, cansado de sufrir vergüenzas y hambre, se levanta en actitud de protesta, entonces los campanudos señores liberales lo ahogan, lo aplastan con la fuerza o lo venden. Esto, según les convenga a sus intereses; todo es a base de comercio para ellos, puro mercantilismo, democratismo, liberalismo. Véase, si no, lo que sucedió aquí en la semana de enero, lo que aconteció en Alemania, y, por último, lo de las revueltas italianas, donde los elementos más liberales, políticos, ahogaron el principio de la revolución que se gestaba.

Es que estos hombres nunca pensaron que las ideas, lo mismo que los astros, jiran universalmente y se acercan.

Lo más visible es lo extrañados que quedan ante un movimiento revolucionario que ellos debieron iniciar; asumir un poco de responsabilidad para hacer más eficaz el levantamiento.

Tendrían que ser los primeros en tales casos y ni siquiera son los últimos para llevar adelante todo lo que atañe al progreso colectivo de un pueblo. (

¡Liberales que no tienen ningún inconveniente en creer en un Dios antropomorfo!

Son liberales a la burguesa: nacidos y educados en un ambiente puramente burgués, que han vivido rozándose suavemente con la libertad...

Con la funesta guerra que pasó se ha visto que muchos liberales, que todos conocimos como enemigos de la guerra, se envolvieron en ella, y hasta le hicieron elogios inauditos. En el propicio momento de exponer su credo de paz, exponen sus argumentos bélicos. Entre los que se aislaron de la guerra, fueron bien pocos, como Romain Rolland, Nicolai, Luxemburgo, Libknecht, los que gritaron la verdad; entre otros hombres más del comunismo, éstos fueron los verdaderamente arrojados. Los demás, los de la liga, no fueron ni arrojados ni liberales: fueron simples comerciantes de carne humana. En los Estados Unidos de Norte América, en la « Ciudad del demonio amarillo », como la llamara Gorki; en esa « democrática » ciudad que a su entrada ha levantado la imponente estatua que simboliza la Libertad (ignoro si los yanquis la han levantado por sport o por ironía samnesca); en ese pueblo se deporta y se encarcela a hombres y mujeres por sostener ideales avanzados, y toman tan estúpida como denigrante medida porque los comunistas y otros de diferente matiz atentan contra la calma de un pueblo que vive una vida artificial y egoísta; por esto hacen bien en sacudir la mo-

dorra a esas conciencias enfrascadas con la amistad que profesan al « demonio amarillo ».

Y eso que Norte América es nación muy democrática, y que su ex presidente es un gran liberal...

Es increíble que no posean ese espíritu de tolerancia dentro de un estado republicano que se dice libre, pero que no lo es.

¡Qué liberales que son estos mentecatos! Su libertad es una libertad de bolsillo, como dijera Zola en una de sus novelas. Figuráos cómo será de pequeña y cómoda, que sin el menor esfuerzo cabe en un bolsillo...

Los liberales son así, en la calle, en público, en sus obras, en sus hechos y hasta en sus propios hogares. Si tienen hijas y éstas tienen novios, el padre mira, investiga, analiza, piensa... calcula matemáticamente quién es el novio; autoriza o prohibe si conviene o no, dentro de su plan económico-liberal.

Sé de un señor muy liberal, y muy burgués también, que aconsejaba a las mujeres que jamás leyeran las obras de Felipe Trigo, por considerarlas inmorales en alto grado.

Decía, el pobre hombre, que la juventud debe ignorar « eso ». ¡Y de eso nacen! No pretendo que las teorías sobre temas tan importantes como el amor y el matrimonio que sostienen varios autores, principalmente Trigo, las aceptemos en un todo sin un prolijo examen; pero lo que creo que es necesario que las mujeres se enteren de lo que no saben, o saben mal.

¡Qué transformaciones colosales sufre la humanidad día a día! Lo que antes se llamaba liberal a un Mazzini, a un Pí y Margall, a un Castelar, que fueron liberales dentro de su tiempo, hoy, en cambio, se les llama liberales a cuatro mediocres vividores.

Y es que la palabra liberal ya no tiene valor.

Liberales son monseñor de Andrea, Irigoyen, el difunto Lencinas. Son liberales, pero el uno no deja de ser fraile, el segundo no deja de ser gobernante y el tercero no deja de ser... difunto...

Existen dos categorías de liberales, con su respectiva música: unos son políticos, otros religiosos.

Los políticos piensan arreglar el mundo con dictar leyes benignas; los religiosos lo arreglan con loar a Dios y con el orden, la caridad, la filantropía, la paz; pero estos señores, que recién se acuerdan del pueblo, que recién notan que el pueblo tiene hambre y tiene rabia, ellos quieren calmarlas con su generosidad de hipócritas y de viles. Pero el pueblo ha avanzado y ha olvidado las doradas promesas de estos pelagatos. El pueblo que piensa, está con la revolución, porque es ella la única que los libertará de la opresión en que vive.

Floro J. Loffredo.

Avellaneda, noviembre de 1920.

El individuo contra la historia

Nuestra época ama volver sobre el pasado. Elevamos monumentos a nuestros ascendientes; escribimos biografías, historias y críticas.

Las generaciones pasadas vieron a Dios y a la Naturaleza; nosotros miramos estas cosas con los ojos de aquellas generaciones.

¿Por qué no darnos el placer de ponernos en relación directa con el universo?

¿Por qué no tendremos una filosofía y una poesía nuestras, en lugar de una filosofía y una poesía de tradición; una religión a nosotros revelada y no una religión transmitida por la historia? (1)

El siglo XIX ha dedicado una desmesurada atención al estudio del pasado, y a despecho de las protestas de unos pocos pensadores, persistió en mirar al Hombre y a la Sociedad con los ojos de las generaciones desaparecidas.

El resultado de esta tendencia es despreciar y ahogar nuestras facultades espontáneas, y disminuir nuestra capacidad creadora y nuestra energía activa.

Para comprender bien lo que decimos, y todas las consecuencias de orden práctico que envuelve, vamos a descender al examen de ciertos hechos de la vida animal.

En todo animal, la *sensación* — o si se quiere, cierta forma de actividad nerviosa que tiene por concomitante el epifenómeno de la sensación — es la causa inmediata de sus movimientos.

Sin ser la sola causa, pues también existe lo que Bain llama *espontaneidad orgánica* (2), es la que conocemos mejor y probablemente la más poderosa.

Todas las facultades del animal (instinto, inteligencia, voliciones, hábitos, etc.), han nacido de la *sensación,* de la necesidad de satisfacerla, de la necesidad de procurarse lo que preserva la vida y ocasiona placer. Esta fórmula es incompleta, puesto que hace abstracción de la *espontaneidad orgánica;* no obstante, para el objeto que nos proponemos, no hay peligro en considerarla enteramente verdadera. Podemos decir que en el hombre, lo primero y lo último, el origen y el fin de su actividad, está en sus elementos sensibles, en sus sensaciones externas e internas y en sus estados afectivos.

En estado de salud, nuestros elementos intelectuales y voluntarios se aplican sobre las cosas, proporcionadamente al placer o dolor que ellas nos causan; y nuestro trabajo intelectual no puede divor-

(1) Emerson.
(2) Véase "Les emotions et la volonté", pág. 294 a 299.

cierse de nuestras sensibilidades, so pena de llevarnos a un desastre o a una esterilidad mental relativa. Ya lo veremos más adelante.

No ha de entenderse por esto que convenga, como lo quisiera Edward Carpenter, en el curso de una investigación científica poner en juego nuestra parte instintiva y emocional; creo al contrario que los sabios modernos han hecho bien en estudiar la Naturaleza de un modo puramente intelectual, es decir, impersonal. En tal sentido, sí; la inteligencia debe funcionar separada del sentimiento; pero en lo que no debe admitir divorcio, es en el punto inicial de sus investigaciones, en la elección de los problemas a resolver. La labor científica, como todas las actividades humanas, debe corresponder armónicamente en intensidad y perseverancia a la intensidad y persistencia de las sensaciones de dolor y de placer.

Esta correspondencia armónica no ha existido nunca, por dos razones: la primera es que, debido a un defecto de nuestra naturaleza, damos a veces tal importancia a los medios, que éstos se convierten en fines. Así como el avaro ama su dinero más que todo lo que podría comprar; así como el trabajo productivo, que no es más que un gran medio de proveer a los fines de la vida, es considerado por muchos como el verdadero fin de nuestra existencia, así que la ciencia no es más que un gran medio de perfeccionar la adaptación espontánea del hombre al hombre y del hombre a la naturaleza, se vuelve una cosa que se busca como si poseyera un valor intrínseco. Cuando esto sucede, cuando el hombre, en vez de servirse de la ciencia, se sacrifica a ella, sobrevienen grandes males; — mejor dicho, grandes sufrimientos; *ya que nada es tan difícil como saber cuándo un mal es realmente un mal.*

Los teléfonos y telégrafos, los ferrocarriles, las modernas armas de guerra, el desenvolvimiento del maquinismo en la industria — tan desastroso para la clase obrera — la adulteración de las sustancias alimenticias, etc., son los resultados de un adelanto prematuro de la física y de la química, resultados disimulados pero tremendamente crueles, como que producen un agotamiento nervioso, que es la base de este incesante incremento de alcoholismo, de la histeria, del crimen y de la locura — sin contar con otras penas de menor cuantía, como la sensación del aplastamiento moral y de inquietudes íntimas, a la que escapan pocos de nuestros contemporáneos (3).

La segunda razón por la que la labor científica ha engendrado sufrimientos sin curar males, cuando no ha llegado a conclusiones de una esterilidad desesperante como en historia y en sociología, es la siguiente:

Cada ciencia responde con especialidad a un cierto orden de sentimientos más bien que a otros. Así, por ejemplo las físico-matemáticas deben desarrollarse bajo la presión del desenvolvimiento

---

(3) Puede verse "Degénérescence", por Max Nordau, cap. IV, y "Civilization its cause and cure", por E. Carpentier.

de nuestras sensaciones animales; la sociología debe ser provocada por el desenvolvimiento de la simpatía del amor, de la poesía, de la religión, etc.

Las ciencias físico-matemáticas nacieron, efectivamente, respondiendo a lo que debían responder, a las necesidades materiales: la geometría se cultivó en Egipto debido a la necesidad de deslindar las propiedades cuyos límites eran anualmente borrados por las inundaciones del Nilo, y en la Caldea los conocimientos estronómicos fueron consecuencia de las necesidades náuticas. Pero dado el impulso inicial por la *sensación*, el progreso de estas ciencias se prosiguió, a veces respondiendo a la *sensación* — como cuando se buscaba la triaca magna, el elixir de la larga vida y la piedra filosofal — pero en general, y principalmente en nuestro siglo, por pura curiosidad científica o con un fin de lucro. Independizado así este trabajo científico de las verdaderas necesidades y conveniencias actuales del organismo humano, se volvió contra él en virtud de su prematuro adelanto, según lo hemos indicado.

Y la historia y las demás ramas de la sociología, por no ajustarse en su desenvolvimiento a las sensibilidades que deben ser su origen, son ciencias pobrísimas. Precisamente la ciencia que debíamos conocer más, puesto que nos ayudaría a sanar de las enfermedades de nuestro período histórico, es la que menos conocemos.

Lo que debíamos haber hecho, y lo que urge que hagamos, es no pensar nada sin haber sentido antes. Sentir los males sociales según repercutan en cada uno de nosotros y sentir una aspiración cualquiera hacia un ideal de vida social, y que sean estos sentimientos los que nos conduzcan a estudiar el modo de satisfacerlos.

Con este punto de partida, al estudiar la sociedad actual, veremos que no es posible comprenderla sin el conocimiento de las sociedades pasadas. Estas tampoco pueden comprenderse consideradas en sí mismas; la sociedad actual las explica tanto como ellas explican a ésta. La evolución social es un todo, y cualquier concepción sobre una de sus partes tiene que ser defectuosa, si defectuosa es la concepción del todo (4).

La parte que nos interesa es la sociedad en que vivimos y la dirección de su trayectoria en el futuro; y todas las investigaciones que se hagan sobre las demás partes de la evolución social, deben tener su principio y su fin en la concepción de los problemas que se presentan a nuestra inteligencia en virtud de las impresiones emocionales que nuestro ambiente determina en nosotros. No debe haber solución de continuidad entre una y otra cosa. Sin embargo, lo que sucede es lo opuesto.

Da grima enterarse del modo como se trabajaba en Alemania en la construcción de la ciencia social. Cada pensador se resignaba casi a no salir un paso de los preliminares, de los preparativos, de

(4) Véase "Data of Ethics" (pár. 1).

la elaboración del método, etc. Resultado: abstracciones puras, ni una sola verdad positiva, nada práctico.

El pensamiento alemán era universalista y sintético, sólo en sociología, ha tendido hacia la especialización, renegando de su índole tradicional del modo más inoportuno. Lazarus se ocupó de fundar « la psicología de los pueblos »; Simmel estudió los fenómenos morales; Wagner los económicos; Von Jherin los jurídicos.

Y sin embargo es fácil demostrar que esta especialización no puede producir más que *libros;* que no es capaz de llevarnos a ninguna idea clara y fecunda sobre las actuales tendencias de la sociedad.

En efecto, el método científico de estudiar un agregado inorgánico, consiste en aislar sus partes y estudiarlas sucesivamente como si existieran solas; pero como es falso que estas partes puedan existir aisladas, las deducciones tendrán por fuerza una parte de falsedad. Esta parte de falsedad se reduce mucho teniendo en cuenta en cada caso concreto las perturbaciones, como cuando se pasa de la mecánica pura a la aplicada.

Pero este método de separar lo que es inseparable, es decir, de hacer abstracciones, que no ofrece inconvenientes serios en astronomía, química, etc., y que es el único posible, se vuelve más defectuoso a medida que se aplica a agregados cuyas partes son más solidarias entre sí: un animal ya es una solidaridad muy compleja; sin embargo, el método de las abstracciones es todavía aceptable; pero ya en sociología pierde todo su valor.

En Francia ha sucedido más o menos lo mismo que en Alemania; predominó la tendencia a la especialización y a las vanas discusiones abstractas. Lebon, Tarde y Lacombe, como Lazarus y Wagner, escribieron páginas y más páginas para demostrar que las explicaciones de la sociología deben basarse en los datos de la psicología individual y colectiva; y Durkhein escribió un volumen para demostrar que la ciencia social debe ser objetiva y mecanista, es decir, hacer caso omiso de lo que los hombres piensan o desean; en tanto que Simmel sostuvo que sin la introspección no podríamos comprender la historia.

Por estas indicaciones puede verse cómo se malgastan estos pensadores, que en vez de perfeccionar los métodos indirectamente, en virtud de las sugestiones de la práctica y de un modo inconsciente quieren, deliberadamente, primero construir un método que sea un instrumento perfecto, sin el cual no debe emprenderse trabajo alguno.

Durkheim, es cierto, juzga que sin sus consecuencias morales y útiles la sociología no valdría la molestia de una hora. Pero este juicio es puramente nominal; de hecho piensa lo contrario, pues cree que esta ciencia debe constituirse tranquilamente, ajena a nues-

tra acción social, para que al fin (quién sabe dentro de cuántos siglos) asuma el gobierno de la vida social (5).

Pero aun suponiendo que con este régimen la sociología pudiera formular sus grandes leyes, es verdaderamente una opinión insostenible la de que la *Vida* alguna vez llegará a ser gobernada por las *ideas científicas*. Augusto Comte también creía que la reorganización social era realizable por medio de la filosofía. Pero Spencer mostró cuán poca cosa es el rol de las ideas, y especialmente de las ideas científicas en el funcionamiento de los pueblos, y cómo casi todo se debe a los sentimientos y a las circunstancias físicas.

La sociología de esos autores es una ciencia que no predice nada, por lo tanto inútil; y si puede satisfacer a los que padecen de *dilettantismo* intelectual, no merece sino desprecio para los hombres que ante todo son hombres y no máquinas de pensar.

Hay que advertir que la mayor parte de esos autores son investigadores incansables en el dominio de la historia, aunque probablemente no tratan de comprender de un modo directo a los hombres que les rodean. El único modo de comprenderlos sería entrar en relación con ellos, simpatizar con ellos, y desplegar una acción social; pero esto no es cosa fácil; requiere dos cualidades muy raras: bondad y coraje.

Con algunas brillantes excepciones, historiadores y sociólogos no han simpatizado con los que agonizan de hambre, de frío, de enfermedades, de vicios o de crímenes; no han sentido una continua indignación ante las iniquidades que los envolvían y a las cuales contribuyeron ellos mismos; no se han enamorado de un ideal de hombre que quisieran ver realizado; no han sentido una sublime aspiración hacia una vida personal sana, incompatible con la sociedad actual; no han conocido el amor, la religión, ni la poesía; han sido corazones vulgares que movían su inteligencia al soplo de las ansias de notoriedad, cediendo al vanidoso deseo de ser sabios, o más bien de ser considerados tales, — porque el renombre, los honores, es lo más grande y apetecible para esta época miserable.

Sin duda, algunos habrán trabajado por el solo placer de descubrir y saber; pero el placer intelectual tampoco debe ser el móvil principal del pensamiento; la ciencia, antes que la amiga del hombre, ha de ser su servidora.

No debemos ocuparnos de lo pasado, sino cuando *sintamos* que directamente no podemos conocer lo actual.

Por otra parte, el individuo no siente tanto la necesidad de explicarse el conjunto de la sociedad, como la de conocer la evolución de un cierto sentimiento, de una cierta institución, de una cierta costumbre que principalmente lo impresiona. Según esto, sus estudios históricos deben limitarse a los elementos relativos al problema inicial. Así, por ejemplo, a mi no me interesa ni las operaciones

---

(5) ''Divition du Travail sociale''.

militares, ni las negociaciones diplomáticas, ni las intrigas, ni los cambios en el sistemo político; a no ser en cuanto estos hechos puedan aclararme la psicología individual dominante en cada edad y en cada clase; pero la mayor parte de los historiadores dedican casi toda su atención a aquellas cosas, consideradas bajo un punto de vista que no es el que me interesa.

Uno no debe ponerse a estudiar historia por la sola razón de que ella nos ayuda a conocer a nuestra nación; sino en virtud de una repugnancia o de un amor hacia un hecho actual que se aspira a debilitar o a desenvolver en el porvenir. No debemos partir de una idea general, sino de una realidad concreta.

Esto es epecializarse en el estudio de la sociedad; es, por consiguiente, cargar con una parte de error. Ahora bien: si dicha especialización se quedara en el terreno de la teoría, como en Alemania, sus resultados serían falsos y estériles; pero dicha especialización responde a una especialización de la función social de cada individuo; y esta función, aunque esté inspirada en errores y contenga muchos elementos antipáticos a una sensibilidad moral delicada, es siempre buena. Hay conveniencia en que cada uno crea que sus ideas contienen más partes de verdad de las que realmente les corresponden. De este modo hay más ánimo para la lucha, la competencia es más grande, y la selección más perfecta.

Muchos juzgarán caprichosos y exageradamente estrechos los límites que hemos propuesto al estudio de la historia. Según ellos, un estudio más amplio y menos personal nos haría bien; calmaría nuestras vanas preferencias sobre el porvenir social; pues antes de que naciéramos, la naturaleza y la historia habían ya escogido por nosotros; de manera que nos toca acomodarnos a ellas, pues es seguro que no se acomodarán a nosotros (6). A esto contestaremos: ¿Qué es lo que ha elegido la naturaleza? ¿Podéis decirlo con certeza absoluta? ¿En ningún caso eso que ha elegido puede coincidir con una aspiración de esas que algunos calificarían de vanas rebeliones contra la historia? ¿El determinismo universal no me comprende a mí mismo con todos mis actos, con todas mis locuras? ¿puede anular todos mis actos?

El islamismo nació de un ataque de epilepsia que tuvo Mahoma.

Determinista era Guyau y, sin embargo, dijo: «el mundo es para los entusiastas que, tratando al porvenir como si fuera presente, mezclan, de propósito deliberado, el *no todavía* y el *ya;* para los espíritus sintéticos que abrazan a un tiempo lo ideal y lo real; para los obstinados que saben atropellar la realidad, quebrar sus contornos rígidos y hacer salir esa cosa desconocida que un espíritu frío y vacilante podría llamar con igual verosimilitud, lo posible o lo imposible» (7).

---

(6) "Los orígenes de la Francia contemporánea." Prefacio.
(7) "L'irreligion de l'avenir."

El culto a la historia es efecto de una enfermedad moral, combinación de pereza, de timidez y miedo. Cada uno se dice: « concibo un ideal más alto que el que domina en mi pueblo, pero no corresponde al presente; además, ¿quién soy para querer que la naturaleza tome una dirección diferente de la que lleva? » El que se acalla con estos argumentos es porque se mira a sí mismo de un modo superficial e ilusorio, como a un ser que se ha creado a sí mismo independiente de todas las cosas, especie de accidente caprichoso sin causa y sin resultados. Pero el que reconoce claramente que su personalidad, lo mismo que la de cada uno de sus semejantes, no es más que una de las formas de actuar y desenvolverse de lo incognoscible, admite por lo mismo que no debe despreciar sus repugnancias, sus tendencias, porque no en vano las siente; y mientras se lanza a la acción, va diciendo a sus semejantes: « ¡ Rienda suelta a todas las audacias! ¡ Tolerancia absoluta! »

La mayor parte de los temperamentos fríos, no se atreven a pensar ni a actuar de un modo personal: siempre están temblando de equivocarse, de hacer algo ridículo o inútil.

Pero un error puede valer más que una verdad, y una conducta irracional puede ser más benéfica que una conducta moderada y lógica. El cristianismo salvó gran parte de la civilización griega y romana.

Lo único cierto, es que sólo es inútil y despreciable la inercia.

Los riesgos no deben paralizarnos: la adversidad y el dolor son tan necesarios como el éxito y las alegrías; y no puede decirse cuál de estos dos estados fecundiza más nuestro espíritu, preparando el terreno para una era de felicidad final.

No debemos emprender estudios históricos sino aguijoneados por un sentimiento que busca su más amplia satisfacción en nuestro ambiente, y que no es ni la gloria, ni las ventajas pecuniarias o de rango, ni la pura curiosidad científica. Un historiador debe ser apóstol. Lo demás es pura vanidad.

Julio Molina y Vedia.

La conquista del pan

JUAN. — Dame pan, hermano.

PEDRO. — ¿Pan? Llama a otra puerta. El pan que yo amasé con mis manos no es para la boca de los gandules. Pasa adelante.

JUAN. — Tengo hambre, Pedro. ¿No nos parió una misma madre?

PEDRO. — Sí; pero, nos parió pobres. Yo trabajé: tú no. He ahí lo que nos diferencia y nos separa. Sigue tu camino.

JUAN. — Pan, hermano; pan.

PEDRO. — ¿Me lo diste tú cuando lo necesité?

JUAN. — No lo tenía.

PEDRO. — Siempre fuiste un mandria. ¿Por qué empleaste la vida en correr tras de quimeras? Te gustó mucho el placer, poco el dolor.

JUAN. — ¿Placeres yo?

PEDRO. — Sí; has amado.

JUAN. — ¿Al amor llamas goce?

PEDRO. — No sé lo que es eso. Nunca tuve tiempo, ni ganas, de recrearme, mirando mis ojos en los de una hermosa. Jamás mi mano pulsó las cuerdas de una guitarra, ni gasté mi voz en modular coplas, ni distraje mi dinero en flores con que halagar, enamorar y regalar a una novia. Tú has vivido como una cigarra: cantando.

JUAN. — Y tú, como una hormiga: almacenando tesoros. Bien puedes darme pan.

PEDRO. — El pan se ha hecho para los que trabajan, para los que riegan la tierra con el sudor de su frente, para los que no olvidan que el hombre tiene estómago, y no alas. Quisiste volar, sostenerte en las alturas de tus sueños. ¿Sientes apetito ahora? Come aire.

JUAN. — No lo niego. Envidié la suerte del águila. Preferí las eminencias a las honduras, las cumbres a los lodazales. Soñé con ser ángel y no bestia. Pretendí ser un Colón, un Cristo, un Newton, un César, un Homero. ¿Pequé, erré, sucumbí? Piedad merece mi candidez. Pan, hermano, pan.

PEDRO. — No puedo dártelo. Si lo hiciera, cometería un crimen. Se re revolverían de indignación las entrañas; mi conciencia me gritaría eternamente, reprochándome mi caridad como cobardía. Yo, mísero trabajador, gusano obscuro que se arrastró por el suelo, hasta procurarse un escondrijo, un lecho, un bocado ¿iba a tapar ne-

cesidades del genio audaz que pensó escalar el cielo? No; nuestro destino fué distinto. Tú sueñas, yo como.

JUAN. — Hermano, pan; mira que desfallezco.

PEDRO. — Y a mí ¿qué me importa tu muerte? Los seres inútiles no son sino cargas de la sociedad, de la Naturaleza. ¿Por qué no trabajas?

JUAN. — Ya he trabajado.

PEDRO. — ¿Llamas trabajo al delirio? No con la cabeza, con las manos es que se trabaja.

JUAN. — No soy hombre de acción. Cuando emplee mis manos será para cosas terribles.

PEDRO. — He ahí el fin de tus pensamientos: la locura.

JUAN. — ¿Loco, porque he soñado y sufrido?

PEDRO. — Soñar, sí; sufrir, no.

JUAN. — Sufrir, sí, sufrir. No hice otra cosa en la vida. Ya que me fué negada la corona del triunfo, no desconozcas que he llevado mi cruz, más pesada que la tuya. Vosotros, los que os encorváis sobre el duro banco del trabajo, derramáis sudor. Pero ¿nosotros, los que inclinamos la frente sobre los abismos de la ciencia? Nosotros perdemos, como sangre vertida gota a gota, la existencia. Primero, el divino anhelo, el resorte poderoso que nos lanza hacia lo infinito. Luego, la solitaria y larga vigilia, la batalla muda, angustiosa, desesperada del pensamiento chocando con la realidad; arrancando chispas, como el acero contra piedra, y sumiéndose en sombras tempestuosas, como relámpago en nube. A todas horas el meditar constantemente, la suspensión vertiginosa del alma del hilo de una idea. Y al fin, cuando vamos a tocar con la mano la victoria ansiada, la envidia, la ignorancia, la mezquindad, tirándonos de los pies, enroscándose en torno de nuestro cuerpo, como reptiles ponzoñosos y traidores, que ahogan antes de nacer, en nuestras propias entrañas, el fruto de nuestros amores.

PEDRO. — Todo eso es música. Tendréis, los orates como tú, quebraderos de cabeza, femeniles calenturas. Pero los dolores de riñones que sacamos los que nos aferramos a la labor de veras... Vaya, márchate. Pierdes el tiempo. Economiza saliva para tu problemática pitanza.

JUAN. — Y ¿a dónde iré? Conozco a la humanidad. Toda es una manada de lobos. Creí en ti hallar una excepción.

PEDRO. — Sí, creiste hallar en mí un cordero. Si me dejara, me comerías.

JUAN. — ¡Qué iluso he sido! Siempre pensé que los hermanos serían como ramas que a un mismo tronco comunican la savia. Unidos tú y yo ¡qué inmensas cosas hubiéramos hecho! Los dos juntos,

yo hubiera sido la frente, y tú el brazo. ¿Querías tesoros? Yo los habría descubierto, tú los habrías arrancado. ¿Quería yo gloria? Yo hubiera dado el salto hacia las alturas, tú me hubieses sostenido en tus hombros. ¿Es ya tarde?

PEDRO. — Nunca fué temprano. Nacimos para no comprendernos.

JUAN. — ¿Y es tarde hoy para que me des pan?

PEDRO. — Mejor fuera darte vergüenza. Fastidioso estás. De sabio te has convertido en mendigo. Puesto que ideabas conquistar mundos ¿por qué no conquistas un pan siquiera?

JUAN. — ¡Lo conquistaré! déjame paso franco.

PEDRO. — ¿Qué intentas?

JUAN. — Robarte lo que me has negado.

PEDRO. — ¡Ladrón!

JUAN. — Me río de los nombres. Mi estómago no piensa ni oye. Ya puedes insultarme y alegarme razones. Mi hambre es ahora mi guía.

PEDRO. — No me dejaré robar impunemente.

JUAN. — Te mataré.

PEDRO. — ¿Asesino también? ¿Fratricida? ¿Olvidas que soy tu hermano?

JUAN. — ¿No lo has olvidado tú?

PEDRO. — Resistiré hasta morir.

JUAN. — Morirás. Soy el más inteligente, el más necesitado. Soy el más fuerte.

PEDRO. — ¡Infame! ¡villano! ¡canalla! Serás capaz de asesinarme por un pan... Entra y tómalo.

JUAN. — ¡Ah! quédate con tu pan, cobarde, miserable, ruin, envidioso; el más ruin de los envidiosos. No cediste al cariño, y cedes a la fuerza. No odias mi pobreza, sino mi talento.

PEDRO. — Entra en mi casa.

JUAN. — ¿Cuándo el águila entró en el escondrijo de un reptil?

PEDRO. — ¿Te marchas?

JUAN. — Sí, marchar es mi suerte.

PEDRO. — Toma pan para el camino.

JUAN. — No lo necesito. Aún tienen los campos raíces, los bosques frutos, los aires pájaros, peces los ríos, que puedan darme alimento. No quiero nada de los hombres ¡Son mis hermanos!

José de Siles.

DESDE PARIS

Hace días debí haber hecho esta correspondencia que ocupaciones personales han impedido.

Los franceses han cambiado de dictador. Millerand, el primer arrivista del socialismo que se cramponó a un ministerio, ha subido a la presidencia de la República sobre los hombros del *Bloc Nacional* que él fué el organizador, compuesto de los nuevos y viejos millonarios y de los tránsfugas. Esta elevación del antiguo demagogo prueba la falta de intelectualidad de la burguesía francesa o la sobra de inmoralidad que la corroe.

A Deschanel, presidente por sorpresa, le ha pasado algo, como a Galliani. A éste le operó las balas de un oficial, a aquél la química. Un día se cae del tren *milagrosamente;* otro, el agua de un canal lo arrastra.

No en valde se arrebata al tigre la presidencia, cuando tenía preparado para telegrafiar al mundo su elección, *llevado por el pueblo sin él pretenderlo.* De no haber sido la elección de Deschanel a última hora, por sorpresa, acaso en vez de la química hubiera operado, como con Caillaux, la pretendida justicia. Porque Caillaux, el único delito que cometió no es otro que ser un concurrente de Clemenceau a la presidencia y poco anglófilo. Sobre esto habría mucho que decir, y la Inglaterra no estaría de su parte. Clemenceau no podía ser ministro y menos presidente con Poincaré, al que desafió cuando su elección por Pauss. Si Clemenceau fué presidente con Poincaré, fué impuesto por Inglaterra. Examinen la política francesa e inglesa de guerra y posterior, y se verá la mano de Inglaterra, que chillaba contra el imperialismo alemán, que no alcanzó a la centésima parte del suyo. Francia ha caído con la dictadura del renegado Millerand — pues le han dado poderes dictatoriales — a lo más bajo que puede caerse después de aquella historia de papel de la Revolución y conquista de los Derechos del Hombre.

¡Pobres derechos!

Francia va al abismo... y su obrero no parece darse cuenta...

En efecto, la C. G. T. ha tenido su congreso en Orleans y los renegados que se pasearon en los automóviles gubernamentales predicando el patriotismo, habiéndolas echado de anarquistas, como Jouhaux y Dumoulin, ganan por 1482 votos contra 691. A este congreso han asistido 2178 sindicatos, 68 uniones departamentales y 35 federaciones, con un total de un millón de miembros. Al congreso de Lyon los sindicados pasaban de dos millones.

Hay que tener en cuenta que si Jouhaux cambió casaca con Malato, Grave, etc., en agosto de 1914, Dumoulin y Merrheims conservaron una actitud irreprochable, hasta que Clemenceau subió a la presidencia. ¿Hubo presión, comercio? No lo sé, y lejos de mí afirmarlo. Sabemos que Clemenceau, cuando fué otra vez presidente, compró el miembro del comité de la C. G. T. *Metivier,* y en el con-

greso de Orleans Merrheims dijo, dirigiéndose a los extremistas: «¡Ah! compañeros de las organizaciones ilegales de este país, donde a veces se hallan seis en una oficina conversando, y al día siguiente la policía de seguridad posee el informe!...»

Estas palabras son tomadas del informe publicado por *L'Humanité* del 8 de octubre y me abstengo de comentarlas, por ahora al menos.

—Sobre la justicia francesa, he aquí un símbolo publicado en *Le Matin*, 13-9-20: Quejábase de que muchas personas ocultaban los robos de que eran víctimas, y una respondió: «Yo fuí robada y presenté queja y me ha costado: por consignaciones y experiencias, 8.000 francos; al notario, 1.500 francos; al abogado, 5.000 francos. Detenido el ladrón le hallaron 5.000 francos, y han transcurrido dos años y yo no he percibido un céntimo.»

—Los elementos españoles se proponen publicar en París *Solidaridad Obrera*.

Nos gusta, porque demuestra entusiasmo, pero algún desconocimiento de Francia y que olvidan o desconocen que Steeg, el antiguo miembro del Comité de la Liga de los Derechos del Hombre, es el ministro del interior.

En fin, buena suerte. *Adanada.*

París, 15 octubre de 1920.
